

Andreas Ilg

El don de traducir.

Ensayo sobre Die Aufgabe des Übersetzers¹

Introducción

Cuando alguien traduce una obra, no sólo la abre ante lectores provenientes de una cultura ajena, sino que también descubre lo que estaba ya en esa obra original para la cultura dentro de la cual se originó y en donde no se había advertido. Esto se hace más evidente en la literatura que en las traducciones de textos científicos, ya que en estos últimos el uso de términos muy bien definidos permite menores equívocos. En el caso de la traducción literaria, podemos pensar, por ejemplo, en un lector alemán que lee el *Fausto* de Goethe; aun cuando el lector pueda sentirse poco familiarizado con el vocabulario tan amplio y con la agilidad con la cual el poeta disponía de él, en un primer momento cree entender lo que el texto quiere decir. Esta confianza en la lengua materna se debe a que el significado resulta inmediatamente comprensible. El lector sabe que está lo suficientemente familiarizado con su lengua materna y

¹ “La tarea del traductor”, escrito por Walter Benjamin en 1924. Consulté la traducción publicada en 1971 en *Angelus Novus*, y el original editado en 1980 por Suhrkamp.

creo que domina el lenguaje a pesar de que muchas veces no percibe lo que se muestra abiertamente en el texto que lee. En el caso de Goethe, puede pasarse por alto que incluso la palabra inicial de la obra, *Zueignung*, quiere decir “dedicatoria”. Esto se debe a que la palabra *Zueignung* significa “acontecimiento”, y éste es el sentido que se le da de entrada, pues en el arte dramático, una *Zueignung* se entiende como un primer momento en el cual los personajes aparecen en escena. Goethe “dedica” su obra a “las figuras tambaleantes” que reaparecen en reminiscencias; al introducir un referente que permite hacer una lectura nueva del texto, la traducción revela una significación encubierta que ya podría soslayarse en el original.

La traducción de una obra puede descubrir al lector este sentido de una obra en su lengua materna y volverle a abrir el horizonte de un idioma que cree dominar. Esto se realiza a la vez que la traducción ofrece una lectura nueva a los que no están familiarizados con el idioma en que el texto fue escrito originalmente. Gadamer decía: “las traducciones son a veces, para quien conoce el original, verdaderas ayudas a la comprensión.”² Para que esto suceda, es indispensable hacer una “lectura atenta” (*close reading*), término del *New Criticism*, de donde lo toma prestado Paul de Man y cuya aportación se toma más adelante. Una lectura atenta siempre conserva cierta ingenuidad, una ingenuidad lúdica, que juega con el idioma y de esta manera descubre sentidos originales.

El hombre es más *homo ludens* que *zoon to legon*, y en su cotidiano malabarismo idiomático, más bien es jugado por el lenguaje que pretende utilizar. Es decir, el hombre no es dueño del lenguaje, sino efecto suyo y, como tal, se da cuenta de que, en vez de dominarlo, el lenguaje lo atraviesa. No sabe lo que dice pero supone saberlo. No sabe que el momento de decir difiere necesariamente del instante de saber. Invariablemente,

² Gadamer, “Leer es como traducir”, *Arte y verdad de la palabra*, p. 86.

sabemos lo que dijimos sólo después de haberlo dicho. El saber llega siempre demorado.

Una traducción puede volver a abrirnos los ojos ante una diversidad de lecturas, pues permite leer de una forma nueva lo que ya está en el texto, y nos muestra las lagunas, esa falta que se presenta como una grieta, como un abismo entre el decir en acto y el saber, que es constituyente del ser. En el momento en que una traducción es atenta y lúdica, descubre un sentido que hasta entonces había quedado encubierto por otro sentido predominante. De esta manera se revela la diversidad de lecturas posibles.

A partir del estudio de *Die Aufgabe des Übersetzers* (“La tarea del traductor”) de Walter Benjamin, mostraré de qué trata esta lectura atenta. La primera reflexión será acerca del título y se basará en un comentario que Paul de Man hizo acerca de la “traducción”; luego, desde un punto de vista antropológico y a partir de lo que Marcel Mauss definía como “don”, en los años veinte del siglo pasado, propondré una traducción nueva, para atribuir un nuevo referente al ensayo de Benjamin.

Traducir es crear

Si cada traducción, según Benjamin, aporta un fragmento de lenguaje al texto original, como si se tratara de reconstruir una vasija rota, la traducción entonces sale del campo meramente comunicativo y se inserta en uno de interacciones en que cada traducción que se hace, incluso de un mismo escrito en un mismo sistema lingüístico, se apoya esencialmente en la recreación y la reconstrucción del lenguaje como acto creador. Para Benjamin, este lenguaje es el que el hombre perdió con la caída del Paraíso.

La traducción como acto creador que le devuelve a la palabra su poder invocador, aquello que los griegos describían como *poiesis*, va de la mano de lo que G. Steiner afirma acerca

de la literatura crítica primaria, donde incluye a la traducción, tomando como ejemplo traducciones al inglés:

Ninguna crítica literaria educará tanto nuestro oído interno en la cambiante música del significado en la lengua inglesa como la lectura de las sucesivas versiones de Homero en las traducciones de Chapman, Hobbes, Cowper, Pope, Shelley, T. E. Lawrence y Christopher Logue (1992 [1989], 27).

Como ya lo ha planteado la hermenéutica, la traducción es “en acto”, una *Übersetzung* (“traducción”, pero también se refiere a “cambiar de un lado a otro”, como cuando se cruza un río), es decir, una traslación a una cultura extranjera para de ahí volver a la cultura de la cual se había partido, con lo que es posible descubrir el significado perdido. Gadamer lo formula de la siguiente manera: “La traducción es, por así decir, un puente entre dos lenguas; como el que está tendido entre dos orillas de un mismo país” (*op. cit.*, 93).

Al retomar el acto creador del cual hablaba Benjamin, se puede decir, aludiendo a Heidegger, que cada traducción constituye un “proyecto”, una deyección, es decir, una salida violenta de un estado de quietud. Cada traducción reconstruye un camino de vuelta a un lenguaje que es acto y no mero límite del acto, por lo que cada palabra evocada recuerda dolorosamente que nunca alcanzará el poder creativo. “La verdadera traducción —dice Benjamin— es transparente, no cubre el original, no le hace sombra, sino que deja caer en toda su plenitud sobre éste el lenguaje puro, como fortalecido por su mediación” (1971 [1923], 139). Cuando Benjamin habla de “fidelidad” y de “libertad” que convergen en la traducción —y no se excluyen, como lo quiere hacer entender “la lógica burguesa”—, quiere decir que el valor de la traducción no procede del sentido del mensaje, al comunicar algo a través de la lengua, sino que tiene la tarea de rescatar el lenguaje puro, creador, el lenguaje que se constituye como acto:

Jede reine Sprache, die in fremde gebannt ist, in der eigenen zu erlösen, die im Werk gefangene in der Umdichtung zu befreien, ist die Aufgabe des Übersetzers. Um ihretwillen bricht er die morschen Schranken der eigenen Sprache (1980 [1923], 19).

La misión del traductor es rescatar ese lenguaje puro confinado en el idioma extranjero, para el idioma propio, y liberar el lenguaje preso en la adaptación [*Umdichtung*]. Para conseguirlo rompe las trabas caducas del propio idioma (1971 [1923], 141).

Aliviar en el propio lenguaje aquel lenguaje puro que está confinado en el extranjero, rescatar el lenguaje preso en la obra por medio de la transpoetización [*Umdichtung*], esa es la tarea del traductor. Para conseguirlo, rompe los límites quebradizos del propio lenguaje (Traducción mía).

Se da énfasis a la palabra *Umdichtung* que, gracias a la traducción ambigua, “adaptación” —y “ambigua” porque invoca otros sentidos con la misma fuerza, constituyendo una metáfora—, permite rescatar el peso que le atribuye Benjamin. Se trata de una poesía diferente de la del poeta, pero que, al igual que ésta, crea. “Es más: mientras la palabra del escritor³ sobrevive en el idioma de éste, la mejor traducción está destinada a diluirse una y otra vez en el desarrollo de su propia lengua y a perecer como consecuencia de esta evolución”, escribe Benjamin (1971 [1923], 132).

Así es como de Man aporta, en los años ochenta, una traducción “ingenuosamente”⁴ iluminadora, al recordar que la palabra *Aufgabe* en el título del ensayo de Benjamin puede leerse como “rendición”, como un “acto de rendirse”.

³ En el original, se trata de la expresión “del poeta” (*Das Dichterwort*).

⁴ En este adverbio, se hace conjunción lúdica entre “ingenio” e “ingenuo”. Se podría desglosar esta condensación en “ingeniosamente ingenua”.

La rendición del traductor

De Man decía:

Si el texto se llama *Die Aufgabe des Übersetzers*, debemos leer este título más o menos como una tautología: *Aufgabe*, tarea, puede también significar el que tiene que rendirse. [...] El traductor tiene que rendirse en relación a la tarea de reencontrar lo que estaba en el original (1990 [1986], 125).

La palabra “rendición”, en francés *rendre* (rendir), abre un campo que no sólo hace referencia a que el autor tiene que rendirse (*se rendre*), sino que también se refiere a la “traducción”. Según el diccionario francés *Littré*, el verbo *rendre* tiene la acepción de “traducir”, en el sentido de *rendre un passage mot à mot* “traducir un pasaje palabra por palabra”. Y según *Le Robert*, quiere decir: *donner en retour* “devolver”; *ce qu'on a reçu ou pris* “aquello que se ha recibido o tomado” y *présenter en traduisant* “presentar traduciendo”. Es sorprendente cómo de Man reencuentra en esta palabra la traducción poética y ofrece al lector un referente de lectura totalmente nuevo: “la rendición del traductor”. De Man especifica a qué se refiere esta rendición: se tiene que rendir en relación con la tarea de reencontrar lo que estaba en el original. Este alto a la búsqueda de hallar el sentido literal (y, ¿qué quiere decir “literal”?) permite recuperar esta “libertad fiel” de la cual hablaba Benjamin. Se trata de hacer una lectura atenta que permite ser ingenua. Una traducción que descubre un nuevo sentido a una obra, creándola nueva desde y para el momento en que se realiza. Sin embargo, y en esto se presenta una hermosa ambigüedad que, de nuevo, abre el campo a una nueva lectura de aquello que ya está ahí en el texto, la acepción “devolver” para *rendre*, marca la actualidad de una restitución, al entender por “actualidad” lo que está en acto. Se trata de “dar”, pero no sólo de dar sino de “dar en retorno”, es decir, “devolver”. La pala-

bra “rendir” en español lo acerca al oído: “dar o devolver a uno lo que le toca” (Casares); “dar”, “entregar” (María Moliner), y en el diccionario de la *Real Academia Española*, se lee: “restituir a uno aquello de lo cual se le había desposeído”. Pero, ¿qué tiene que ver esta “restitución” con la tarea del traductor? Y, ¿por qué, con respecto al ensayo de Benjamin, de Man hace referencia a una rendición en el sentido de una “renuncia”?

Cuando Paul de Man lee en la palabra alemana *Aufgabe* la alusión al “rendirse”, al “darse por vencido”, lo hace defendiendo la posición tradicional que encuentra casi apresuradamente el sentido “tarea”.⁵ Propone una lectura “tautológica”, es decir, leer sin agregar ni quitar nada y, sin embargo, no decir lo mismo. Algo se hace presente en la palabra que es lo mismo pero distinto, en el sentido de que se trata del mismo significante pero con una diferencia de significado. Esta lectura tautológica es exactamente lo que de Man retoma cuando se refiere al término *close reading* (lectura atenta). Se trata de una lectura “cercana” que, a la vez, puede tener la suficiente distancia para ver lo que fácilmente llega a pasarse por alto. Este modo de lectura es una “interpretación”, como la que se efectúa en música: un cuarteto de cuerdas, al interpretar *Pequeña serenata* de Mozart. En la interpretación musical de una partitura, no se quita ni se añade nada; sin embargo, se la innova.

Esta interpretación revela un significado que ya estaba descubierto, pero que, a la vez, y como ya se dijo, se encontraba velado por otro predominante. Si se deja de suponer que *Aufgabe* significa simplemente “tarea”, como se ha propuesto, se puede leer el texto al que introduce con una atención diferente. “El traductor tiene que rendirse” quiere decir, con esta perspectiva nueva, que renuncia a ser agente de la traducción, que no descubre sentidos, que no es él quien actúa, sino que,

⁵ En una traducción al inglés del texto de Schulte y Biguenet, también se encontró la palabra *task*.

al decir algo acerca de un texto, reconoce que es efecto de aquel decir. Su ingenuidad ingeniosa le hace posible jugar con el idioma en acto. Este juego es violento, pues tiene que abandonar la postura o, incluso, la pose de quien domina la traducción. Más bien, se abandona a ser jugado en la vehemencia del encuentro con el lenguaje extranjero y, aún más, en el lenguaje que le es familiar. Benjamin cita de Pannwitz:

der grundsätzliche irrtum des übertragenden⁶ ist, daß er den zufälligen stand der eigenen Sprache festhält, anstatt sie durch die fremde gewaltig bewegen zu lassen. [...] er muß seine sprache durch die fremde erweitern und vertiefen (1980 [1923], 20).

El error fundamental del traductor es que se aferra al estado fortuito de su lengua, en vez de permitir que la extranjera lo sacuda con violencia. [...] ha de ampliar y profundizar su idioma con el extranjero (1971 [1923], 141, 142).⁷

Sólo de esta forma será posible restituir los pedazos de la vasija rota en reconstrucción creativa del lenguaje puro. Cuando el traductor realiza una lectura atenta y lúdica, y abandona la postura de encontrar el “buen sentido”, rescata por lo menos un sentido encubierto y abre el texto a nuevas lecturas. De tal manera el traductor apoya la restitución del lenguaje puro.

Lo que nos aporta el estudio del “don”

Siguiendo el paso a de Man, y haciendo una lectura atenta, se halla un sentido diferente en la palabra *Aufgabe*, y la posición

⁶ Se trata de un genitivo subjetivo (de quien traduce o lleva de un lado a otro) y objetivo (de lo traducido o llevado de un lado a otro), y alude al abandono de quien traduce en su acto de traducción.

⁷ En el original, el “lo” en la frase “en vez de permitir que la extranjera lo sacuda con violencia”, se refiere a la lengua y no al traductor y, por consiguiente, tiene que cambiarse por “la”: “en vez de permitir que la extranjera la sacuda con violencia”. Además, *die fremde*, en alemán, permite la traducción “lo extraño”.

que se toma es desde la lejanía cercana al campo literario que brinda la antropología. En 1923-1924, Marcel Mauss, antropólogo francés, publica su *Essai sur le don*, en el cual presenta la “obligación de devolver regalos” en las culturas polinesias, melanesias y del noroeste de América; “obligación” que Mauss ubica como tercer momento en el “intercambio social”. Al extender este sistema de intercambio al de las relaciones económico-políticas y a las relaciones económico-sociológicas de su tiempo, Mauss distingue tres tiempos que son obligatorios: dar, recibir y devolver. Estos momentos se presentan en un intercambio complejo que describe de la siguiente manera, tomando como cultura ejemplar a los maoríes: si una persona regala un objeto a otra, esta última tiene que recibirlo forzosamente, pero no debe quedarse con el regalo, sino darlo a una tercera. Ésta, a su vez, tiene que aceptarlo y devolver un regalo del mismo valor. La segunda persona lo recibe para regalarlo nuevamente a la primera. Este regalo, cuya fuerza hace obligatorio mantenerlo en circulación, es portador de un poder espiritual. Mauss escribe:

Refuser de donner, négliger d'inviter, comme refuser de prendre, équivaut à déclarer la guerre, c'est refuser l'alliance et la communion (1923-1924, 23).

Accepter quelque chose de quelqu'un, c'est accepter quelque chose de son essence spirituelle, de son âme (ibid., 20).

Rechazar el dar, descuidar el invitar, al igual que rechazar el tomar, equivale a declarar la guerra; es rechazar la alianza y la comunión.

Aceptar algo de alguien es aceptar algo de su esencia espiritual, de su alma (Traducción mía).

Godbout da un hermoso ejemplo de una relación cotidiana entre dos personas: “Te acabo de convidar un aperitivo. Me dijiste: de acuerdo, pero entonces yo pago el vino.” Y pregunta: “¿Por qué esta contraparte?” (1997 [1923], 13). Según los

antropólogos contemporáneos, el don es una forma de relación social, y Godbout sostiene que “constituye incluso la relación social por excelencia” (*ibid.*, 16). Lo que resulta interesante del libro con que Godbout vuelve a hacer circular el trabajo de Mauss, es la advertencia:

son primero las palabras [...] que el sujeto humano produce e intercambia con los demás. [...] Se “da” la palabra a alguien o, si se niega a dársela, usted la “toma”. Y luego la vuelve uno a tomar, no sin haber dicho “perdón”, *merci* [...], pues hay que agradecer tanto al otro el don que le hace al hablarle como señalar que al hablar nos ponemos a merced del otro, y que es así como nos exponemos tanto a “obligarlo” como a transformarnos en su “obligado” (*ibid.*, 22).

La principal función de la palabra es primero circular, ser dada y devuelta, ir y venir (*ibid.*, 23).

Esta función de la palabra como objeto de intercambio social, este don de la palabra, se manifiesta de manera más evidente en el contrato comercial, en el cual los comerciantes “dan la palabra” estrechándose la mano. Este “performativo”⁸ muestra el poder invocador de la palabra. Quien no cumple su palabra, falta a su palabra. El lenguaje lo representa de forma genial: faltar a su palabra. Quien falta a su palabra es quien la había dado. Dar la palabra es prometer algo en acto. Esta promesa es el acto de meter la palabra en circulación.

En otro artículo, Benjamin⁹ dice que la palabra fue dada al hombre por Dios y, más precisamente, fue el don de la palabra lo que le fue dado al hombre con el nombre con el cual nombra. Esta palabra insuflada que dio vida a la creatura de barro,

⁸ Se hace referencia a Austin quien, en su ensayo, *How to do things with words*, trata los “performativos”, verbos que tienen estatuto de acto, como, por ejemplo, “prometer”, que es “dar” la palabra. En realidad, no se “da” la palabra, pero este acto es constitutivo de una promesa.

⁹ Benjamin, “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres”.

única creatura no creada por medio de la divina palabra invocadora de las cosas, esa palabra es un objeto en circulación. El hombre la recibió, se apropió de ella y tiene que devolverla. Pero, ¿qué tiene que ver esta incursión en la antropología con el ensayo de “La tarea del traductor”?

Traducir es un don – Quien traduce devuelve

El sustantivo alemán *Aufgabe* contiene la palabra *Gabe*, que se traduce por “don”. *Aufgabe*, y ésta es una tercera acepción de la palabra, quiere decir “envío”, como cuando se envía una carta o un paquete. El envío tiene un remitente y un destinatario. ¿Cuál es el envío del traductor? ¿A quién envía el traductor lo que envía? Benjamin es claro: se trata de “el gran motivo de la integración de las muchas lenguas en una sola lengua verdadera” (1971 [1923], 137). Esto es lo que inspira su tarea, su *Aufgabe*, su rendición y su envío. Cada traducción es un envío hacia esta reconstrucción de la palabra divina. Si Benjamin toma del inicio del Evangelio según San Juan (“En el principio era la palabra”), y Goethe contesta en el *Fausto*: “En el principio era el acto”, es porque de ese binomio se puede inferir esta palabra creativa, que es la que se envía. Se trata de una palabra que no comunica nada, sino que produce. En 1916, Benjamin escribió: “en el nombre, el ser espiritual del hombre se comunica con Dios” (1971 [1916], 149). Es el ser espiritual de cuyo objeto es portador. ¿A quién se envía? Benjamin interroga: “¿Con quién se comunica?” (1971 [1916], 149),¹⁰ y contesta:

Der Mensch teilt sich Gott im Namen mit, den er der Natur und seinesgleichen (im Eigennamen) gibt, und der Natur gibt

¹⁰ El texto en alemán es *Wem teilt er sich mit?* (1980 [1916], 143) que, en relación con la postulación benjaminiana de “comunicación en el lenguaje y no por medio de él”, encuentra mejor sentido al traducirse como: “¿A quién se comunica?”. Además, es importante restituir que *Mitteilen* en *Wem teilt er sich mit?*, quiere decir “compartir”.

er den Namen nach der Mitteilung, die er von ihr empfängt, denn auch die Natur ist von einer namenlosen stummen Sprache durchzogen, dem Residuum des schaffenden Gotteswortes, welches im Menschen als erkennender Name und über dem Menschen als richtendes Urteil schwebend sich erhalten hat (1980 [1916], 157; el subrayado es mío).

El hombre se comunica con Dios mediante el nombre que *da* a la naturaleza y a sus semejantes (en el nombre propio) y *da* a la naturaleza el nombre según la comunicación que *recibe* de ella, porque incluso la entera naturaleza se halla atravesada por una lengua muda y sin nombre, residuo del verbo creador de Dios, que se ha conservado en el hombre como nombre conocedor y —sobre el hombre— como sentencia juzgadora (1971 [1916], 165; el énfasis es mío).

Se trata de traducir, “hasta que se despliega, en última claridad, la palabra de Dios” (*idem*). Quien traduce se “da cuenta”, siempre *a posteriori* del propio acto de traducir, que su traducción presenta una falta. Una falta constitutiva de su acto. Se vuelve extranjero en el campo que descubre y, en la creación en la cual participa, devuelve lo que encuentra. En última instancia, tiene que devolver la palabra creadora, la cual conserva en el acto de nombrar. Se trata de esta palabra que le fue dada y que tenía que recibir.

Dios se la dio; Dios dio la palabra al hombre. Y he aquí que se lee con atención que Dios se la “prometió”, pues “dar la palabra” significa “hacer una promesa”. Recordemos la palabra hebrea *Emet* que lo revela en toda su magnitud: *Emet*, uno de los nombres de Dios, significa “verdad”, pero también está relacionado con la “promesa”. La palabra es la promesa de Dios por medio de la cual el hombre logra nombrar.

En cuanto pone en circulación esta palabra prometida, en cuanto la devuelve, el traductor es intermediario de una palabra que lo atraviesa, que pasa por él y deja, en su doloroso transcurso, una marca, una laguna. La tarea del traductor es abando-

nar su postura de traductor, “darse por vencido”, “rendirse”, y sólo de esta manera le será posible devolver la palabra que le fue regalada. Benjamin diría, devolverla a Dios y, de esta manera, cumplir con la promesa de Dios.

Bibliografía

- AUSTIN, J. L., *How to do things with words*, Oxford University Press, 1955 (1980).
- BENJAMIN, W., “Über Sprache überhaupt und über die Sprache des Menschen”, *Gesammelte Schriften*, Tomo II.1, Frankfurt, Suhrkamp, 1980 (1916), pp. 140-157.
- , “Die Aufgabe des Übersetzers”, *Gesammelte Schriften*, Tomo IV.1, Frankfurt, Suhrkamp, 1980 (1923), pp. 9-21.
- , “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres”, *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971 (1916), pp. 145-165.
- , “La tarea del traductor”, *Angelus Novus*, Barcelona, Edhasa, 1971 (1923), pp. 127-143.
- DE MAN, P., *La resistencia a la teoría*, Madrid, Visor, 1990 (1986).
- GADAMER, H. G., “Leer es como traducir”, *Arte y verdad de la palabra*, Barcelona, Paidós, 1998 (1989), pp. 83-93.
- GODBOUT, J. T., *El espíritu del don*, México, Siglo XXI, 1997 (1992).
- MAUSS, M., “Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques”, *L'Année Sociologique*, vol. 2, 1923-1924.
- SCHULTE, R. y J. BIGUENET, “The task of the translator”, *Theories of translation. An Anthology of Essays from Dryden to Derrida*, trad. al inglés Harry Zohn, The University of Chicago Press, 1992.
- STEINER, G., *Presencias reales*, Barcelona, Destino, 1992 (1989).